

# EL CABALLERO

## DE LA TRISTE FIGURA.

PERIÓDICO SEMANÁL DE BELLAS LETRAS.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

PARA ESPAÑA.	PARA EL EXTRANJERO.	PARA AMÉRICA.	PARA FILIPINAS.
Tres meses. . . . . 10 rs.	Tres meses. . . . . 24 rs.	Tres meses. . . . . 30 rs.	Tres meses. . . . . 40 rs.
Seis meses. . . . . 18	Seis meses. . . . . 40	Seis meses. . . . . 50	Seis meses. . . . . 64
Un año. . . . . 28	Un año. . . . . 76	Un año. . . . . 90	Un año. . . . . 112

NÚM. 10.

Domingo 3 de Mayo de 1868.

UN REAL.

### SECCION 1.<sup>a</sup>

EL INGENIOSO HIDALGO

## D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

### TERCERA PARTE.

#### CAPÍTULO VI.

— Ahora, continuó Don Quijote, no me espanto del espanto de aquel caballero que dejó allí vencido; y apuntaré para siempre en mi memoria el gran camino real de sus señorías para todas las cosas de la tierra, no menos que la fundacion de la nueva Universidad Architoletana, que há de ser primada de por fuerza.

— No es universidad, sino seminario, dijo el señor Arcediáno gravemente.

— Y eso apuntaré asibien, dijo Don Quijote, puesto que rodado viene así el apunte, y dado que no se vieron en mis días mas grados en el mundo que los universitarios, y tan otras se hallan ya las grádas del respetable templo de Minerva.

Y porque conozca su reverencia quién fué el vencedor de esta aventura; y porque conozco la sorpresa de su reverencia, digo, que yó soy Don Quijote de la Mancha, aquél inmortal, jamás vencido Caballero que llena con su nombre los clarines eternos de la fama; y quedánme relieves de mucha gana de remitir y enviar á su mercéd á mi señora Dulcinéa, á dárla cuenta y razon de este vencimiento; mas lo dejó á la voluntad de su señoría, y para despues que esté graduado.

— ¿Pues, Don Quijote es verdadero ser de carne y huéso? dijo el señor Arcediáno. ¿Y el buen caballero há tenido el atrevimiento de resucitar en estos días?

— Y dió la mas frondosa carcajada.

— Bien puede alegrarse y amenudo el señor reverendísimo, dijo el caballero, cuanto quisiere y gustáre, pues que nunca há de faltarle un Don Quijote.—Y, conociendo el Arcediáno que no debia prolongar mas su conversacion con aquel loco, picó á su cabalgadura, y partió de aquel lugar así como el viento.

Miéntas esto pasaba, estaban moliéndose á puñadas y cóces el labriego y Sáncho del más gracioso modo que se há visto. Y, era todo, que el escudero así que vió en el suelo á su adversario, comenzó á desnudarle santamente con ánimo de llevarse cuanto el derribado llevaba. Defendíase valientemente el castellano, logrando, empero, él ótro la ventaja; mas así que llegó Sancho á topar la bolsa de los dineros, fué tal el esfuerzo heróico del serrano, que se agarró con todas sus fuerzas á las barbas del escudero con cólera é intencion de perro de présa; y á haber sido aquel asunto un poco mas largo, Sáncho no hubiera mas menester barbero en toda su vida.

— ¿Qué es todo esto? dijo Don Quijote al llegar al sitio de la contienda.

— Pues este pecador, contestó Sancho, que niega los despojos de la batalla, y no ha de salir con la súya, mal que le pése.

— Ni entro ni salgo, dijo Don Quijote: es asunto que te tóca y pertenece, puesto que tú iniciaste la contienda. Yó dejé esto en suspenso, tú lo tomaste, y no me es lícito mezclarme en armas de escuderos, ni menos mermar un átomo de tu gloria. Yó, rey de armas de este campo, sóy pronto á juzgar en toda justicia. Yo contaré los tájos y revéses, quites, fónfos, entradas y salidas, sin quitarle á ninguno su merecido, y daré á uno y ótro su derecho; mas, no me propasaré de mi prudencia.

— Con ésa manta yá yó contaba, dijo Sancho; y aquí no háy bárdas de por médio.



— Pero háilas más áltas que de corraliza, dijo Don Quijote, en las léyes y precéptos de la caballería; y pensar en traspasarlas es excusado. Y creíste, Sancho, poco lo que te ofrezco, por que no te diste, ignorante, á meditarlo; que de otro modo pusiéraslo sobre las estrellas. Y lo de no traspasar esta mi ordenanza no menos vále; pues que nunca debes anteponer arlequin ni contrabando de parentesco á lo que te exige la justicia; y si otra cosa hiciéres serás infame, sobre labrar tu ruína y tu desprécio. Tal debe ser la abnegacion de los hombres grandes sobre la gran miséria del nepotismo.

— Déjeme, pues, las barbas, hermano, dijo al aldeano Sáncho, levantándose del suelo, y váyase de Dios bendito, que júro por éllas no volver á verme en ótra; y yó me estudiaré, tan pronto como pudiére, hasta una docena de filosofías que me hagan salir airoso cuando y quiera que fuése menester: puesto que desnudo nací y desnudo me hállo; y hoy por tí y mañana por mí; y donde se buscan tocinos no háy ni estacas, y arrieros somos todos en el mundo.

— Y fuése el paleta como pudo, y Sáncho recobró el rúcio, y diéronse priésa caballero y escudero á alcanzar ál de los cárros, que gran ventaja llevaba de camino, y convencimiento de la locura de Don Quijote. El cuál, después de buen rato, dijo.

— Ocúrreme, Sancho, en esta aventura duda grave; y siéndo tál, se me hace necesáριο acudir á tu buen juicio y experiéncia. Creyéras, por ventura, que el gran Alifanfarrón trocöse en clérigo?

— Ni éntro ni sálgo en éso, dijo Sancho; por ser cosa que á caballeros sólo pertenece; y su mercéd fué sin duda vencedor de ésta gran hazaña, como conocer se deja en lo que de élla hemos sacado.

— Yá te comprendo, dijo Don Quijote; y véo que nada se te indigesta en el estómago. Pero, dejado ésto á un lado, quiéro que sépas, que él que se mostró clérigo en este lance, no es sinó tremendo encantado mágo. Y el sér tan gruésio señor, con ser tan jóven, estribaba y consistía en venir dúple, triple y aun cuádruple, encogido y plegado como pálo de navío, con lo que su móle temiblemente se aumentaba. Y sinó, vuélve, Sancho, la cabeza, y lé verás yá prolongado, estirado y de enorme altura, tal cual ciprés enhiesto en campo llano.

— Y como á la sazón compusiesen á buena distáncia de aquel sitio un palo de telégrafo, sobre él cuál estaba colocado gran róllo de alhámbré, y vários trabajadores anduviesen por la vía, añadió el celebrado caballero:

— Pues, no pondrás en duda, Sáncho, el turbantazo que lleva el estirado mago en la cabeza, ni la muchedumbre de enanos que en

tórno súyo, hormiguéa, táles que han menester escalera para sólo alcanzar al pecho del gigante y decirle así al oído lo que les plázca, que él ha de ser tan sórdo como tápia. Así que estoy ahora por deshacer lo andado, y darle á Alifanfarrón su merecido.

— Váyase en buena hora su mercéd, y óbre en ley buena, como suéle y sábe, dijo Sancho; que yó he de contar desde aquí los tájos, reverses y cuchilladas de la liza, sin propasarme á dar sentencia mala desde el seguro lugar en que me encuéntré; y no he de torcer ni inclinar la vára de la justicia; que no es poco, si bien se mide y considera.

— Tambien te entiéndo ahora, dijo Don Quijote; y el no seguir tu dictamen és porque razon mayor á la menor máta, y aquí me aguardan sucesos de mas monta. Pues, ¿no ves ese gran Castillo que delante de esa montaña se presenta? ¿No le ves cuan hermoso y arrogante aún levanta su frente magestuósa? Pues, es una soberbia fortaleza de feudál, antiquísimo señorio; y ése largo cuénto de pesados carruages es, sin duda, el portador de luéngos dones que tribúta anualmente esta comárca.

Y verás como á nuestra llegada se hacen lénguas las campanas de esa villa que en la falda se asienta poderosa, y los villanos á recibirnos salen tódos, pues que tódos són siérvos del Castillo, que aún osado, invencible, desafía la furibunda saña de los siglos.

Si en él venturoso entráres, ¡oh por mí gran Sancho Panza! será por aquella puente levadiza, que sopórtan, disponen ó inutilizan cuando quiéren, aquellos dos grandes cábríos, forrados de duro acero y brónce, en que hierendo lúcientes del sol los ráyos, forman copiosas fuétes de vivo fuégo.

Si tu clase y condicion desde allí divisáren las perennales guárdias del recinto, despues de resonar marcial y agudo el clarín del combate y de la victória, salir há en tu recibimiento la gente deparada para la guárda; la cuál leerá en tu rico escudo el emblema de tu casa y gerarquía; y, si, por acaso, es noche oscura, retorcerá rechinando su codo de hiérro la barra deparada para éso en la mas áltá de las almenas del Castillo, mostrando al punto su ardiente y llameante braserilla, segun que lo aprendimos de las astutas gentes de la Arábía.

En ésto resonarán adentro los tímpanos, atambores y atabales, con tal cual añafil ó lililie, y el enano hará doblar sobre sus góznes las quejumbrosas y ferradas puertas; y oirse hán en el ácto los incesantes, orgullosos relinchos de las próximas caballerizas; y se correrá el metálico rastrillo, y aparecerá ante tus ójos admirados un cuadrado patio, en columnas de mármol sustentado con su pozo de abasteci-

miento en su céntrico preciso. Y los azores, milanos, neblies y gerifaltes gritarán batiendo sus córvas y pesadas alas sobre las pércas clavadas en las paredes, en que con cadenillas les mantiene la destreza y temor del halconero para la bulliciosa montería.

Y asomarse há á la galería segunda del espacioso pátio un páge de córte y sála, que acude á avisar á los maceros, heraldos y maestro de ceremonias, éntre los cráneos, ástas, esqueletos y piéles de los ósos, ciérvos y jabalíes mas celebrados de la comarca, que aparecen enclavados por las paredes.

Y subirás por la escalera áncha y espaciosa de un ángulo del pátio, labrada en mármol griégo, y el Señor de la fortaleza con su rica gala y acompañamiento bajará en tu busca por ánte las inmóviles centinelas que guárdan los alfeizáres de las ventanas. Y conducirte hán á la sala de armas, donde se ostentan, todo alrededor las aceradas cótas, las lucientes costosas armaduras, el penacho bláncó, azul y rójo del féudo de este vâlle, los broqueles, escudos y los cáscos, adornados de óro, plata y brónce, mudos elocuentísimos testigos de las pasadas glórias castellanas.

Y, posarás, en fin, en ñudoso, negro escaño, forrado en terciopelo con divisas, cábe aquel primoroso hogar brillante, y bájo la techumbre artesonada, de inacabables giros y remates, de lá que pénden bellas inscripciones, mótes bordados, lémas distinguidos y orientales doradas tapicerías.

—¡Así Dios válga á su mercéd, dijo Sancho, como me tenia ya ahogado y pendiente de sus palabras, y á lás que no veía fin ni cábo! ¿Con qué, segun éso, vuesa mercéd yá ha estado despacio y muy pomposo alguna vez en ése Castellazo, y habrá tratado su mercéd al castellano muy á su sabor y máno á máno?

— No háy tal, dijo Don Quijote, que tan manchego soy como tú te sábes; pero, todo ló véo de la manera misma que ló hé referido, y no ha de faltar un ápice de lo contado.

— ¡Para mi santigüada! dijo Sancho. ¡Y ése si que es ver y vista más que de línce, y no se yó como en tanta aventura salimos malparados!

— ¡Ahí verás! Sáncho, dijo Don Quijote; pues el álma, queriendo, puede ver muy más que todo éso; y el salir alguna vez el hombre chasqueádo, está en que el espíritu ver puede como debe; pero, al pasar por la materia corrupta, que es el cuérpo, fálta amenudo, y mucho, la máno de óbra, y así es fácil hallar hombres que tomáraste por gánsos. «*Spiritus promptus est, caro, autem, infirma.*»

— Yá sé ló que dice ese latin, interrumpió Sancho: «que el *tuáuten* está caro, y sin él el espíritu se enferma». Cosa que me pareció bien

y vémos cada día. ¡Y que bien asienta un latino, habiéndole á mano!

— Sonrióse Don Quijote de la traducción de Sancho, y prosiguió:

— Pues, á todo éso es menester que añadas ahora la fuerza y el poder del encantamento, que es úna de las más crudas y asadas cosas que se ven en la redondéz de todo el mundo. Y sinó, dime: ¿cómo comprendes tú, que Aníbal, vencedor de los romanos, y triunfante y vencedor de todo obstáculo, despues que hubo alcanzado cuanto quíso, en vez de entrar en Roma se váya á Cápua?

— ¡Cuando á Roma se vá por todo! dijo Sáncho.

— ¿Ni cómo puedes entender, ni áun imaginar siquiera, que los monarcas quieran y pretendan ser violinistas, y fúnden en éllo toda su glória, como le sucedió á Nerón, él cuál desafiaba á Vindex en el público teatro?

— Y, aún fué ra mucho peór, dijo Sáncho, si se lés antojára el tamborón, de que tiene su mercéd conocimiento.

— No me has de hablar más de ese instrumento, Sancho, te ruego por vida mia, por ser de bulto y condicion insoportables: pero, dejado ésto aparte, habrás de juzgar como yó, que no hay modo de entender como háy quien sude y trasude mares de água para alcanzar simplezas tales como són, lucir un tálle ridículo, ostentar un peinado, hacerse el primer lugar en toda tontería y capricho y llevarse la mápa del más pintiparado; ló cuál no puede ser menos sinó óbra de puro encantamento; pues de otra suérte y modo jamás se explica.

— Digo que es así, contestó Sáncho; y que háy mucho que decir de la sabiduría de lós que se llaman sábios; y que donde menos se piénsa mucho háy que añadir y más que quitar, y que ánda el diábulo en Cantillana. Y Dios me éche á aquellas partes donde mejor le sirva, que es lo primero; y aún háy sol en las bardas, y al buen pagador no duelen préndas.

— Alcanzaron Don Quijote y Sancho al señor Castellanos en este instante, y sucedió despues ló que refiere el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO VII.

**De una porción de menudencias tocantes á esta historia, que són cuénto de nunca acabar; y del fundamental y segundo discurso que pronunció Don Quijote sobre el busilis de las armas y de las létras.**

Cuénta el Bachiller valisoletano avellanado, que quíso la suérte que al entrar Don Quijote en la aldéa de Don Juan de Castellanos, estuviesen cási todos los vecinos de élla tomando el sol, como suélen, en el pórtico, átrio, ingreso, ó cosa parecida, de cierto establecimiento

colocado á la entrada del pueblecico, y que lanzase á la sazón á la calle sus revoltosos y jamás callados alumnos una escuela; y que tocase á las ánimas el sacristán por sér ya el mediodía, y saliese la señora Clara con sus cántaros á recibir á su esposo Don Juan; y que los chicos comenzasen á encamarse en las carretas, y á gritar á la estemporánea y acedinada estampa de Don Quijote, y á subirse sobre el rúcio de Sáncho, con lo que éste creyó verdadero de pé á pá cuanto le habia dicho el Caballero. Él cuál en cuanto divisó á la señora Clara (que era una hembra amojamada, de moño de figura de ocho y de tan larga y baja nariz y pendenciera que estaba en quimera siémpre con la barba, y aún con todo ló viviente), echose al suélo con la celeridad del ráyo, y puésto de finojos ánte élla, dijo.

— «Non me he de mover de este lugar, hermosa señora, sin que sepades la malhadada vuesa cuita, y el fiero triste fin del vueso enamorado afincamiento; cá yó, el más inexorable caballero, non he de poder acorremos, señora, mal que me pése, en la vuesa malandanza, interin, durante y miéntra que sea en este mundo la sin par Dulcinéa del Toboso.

Bien se me alcanza y lembra, por los menesteres que traéis, que condenada sóis, como las fijas de Dánao, á llenar de águá las tinajas del averno por mistérios profundos del destino; mas ló mismo fuéera que de lágrimas las llenáredes pues non soy en sazón de remediaros».

— La señora Clara, que cuándo menos era vieja, tomó con tal placer y en tal gracia los requiebros y quebradas y rotas frases de Don Quijote, que comenzó á reír á tan grandes carcajadas, que no podia moverse de su sitio; mas, cuando El de la Mancha levantó su antifáz y mostró aquella su pálida y grave faz y trasnochada en las lóbregas entrañas de Atapuerca, su tristisima catadura y amorosos extremos, fué tanta la impresión que recibió la aldeana, que fálta de fuézas por la risa, vino á caer sentada, aunque no ló quiso.

— Nin por ésas, ni aún por ótras, doliente y desmayada señora, dijo Don Quijote, habréis de descomponer mi propósito aferrado; ni aún cuando la vida se ós acabase en éstos mis brazos, con todo mi pesar y dolor mio!

— Y ésto hizo que el pueblo todo, acudiese y se arremolinase admirado alrededor de Don Quijote, que marchaba á pié y grave, dando gracias con la cabeza y los ojos, casi humedecidos, á las voces de los chicos y gritería de los grándes; de modo que casi aquélla parecia cosa real y verdadera de las que pásan en muy solemnes ocasiones. Y condugeron á Don Quijote á la casa del señor Alcalde, persona, aunque campestre, acomodada, liberal y muy a-

mante de extraordinários sucesos. Separando, pues, este señor piadoso la multitud que por todas partes se agolpaba, hospedó al caballero en un piso bajo y empedrado, ámplio, gris y muy alegre por todas sus partes, segun por todas éllas se reía, con mil bocas abiertas, que era delicia; el cual aposento estaba vecino del portalón, y á piso llano, así como el gran recinto de la cuadra.

No permitió Don Quijote que nadie le acompañase al su complicado menester de desnudarse, despues de tantos años vestido y armado; y miéntras que Sancho cuidaba de las béstias, en envidiable amistad con el mozo de la paja y la cebada, quitose el caballero la armadura, que ordenadamente colocó sobre una mesa, y vino á quedarse en jubon de armár, de camuza amarilla, todo bisunto en la mugre y orin de tan ancianas ármes. Acomodose del mejor modo posible una valona, más andada que doncella compasiva, y un bonete carmesí, segun por entre sus ruinas podia adivinarse; y comenzó á paseár arriba y abajo, hasta que entró Sancho, y explicose de este modo:

— Agora si que veo, señor de mi ánima, como es grande y provechosa la profesion invicta de las armas, y no hay temer escederse en alabarla; ¡Cocina camachina yá tenemos, mi señor Don Quijote, sin que ésto tenga mas remedio sinó arremeter con élla y acabarla; que así es el vencer en buena liza á nuestros perdurables enemigos! ¡Móntas y que destrozos que amenazan!

— No es éso, dijo Don Quijote tristemente.

*Al número siguiente.*

SECCION 2.<sup>a</sup>

ROMANCES ESPAÑOLES.

SÁNCHO EL FUÉRTE DE NAVARRA.

X.

Lucha tenáz.

Don Sancho está en su aposento  
Sin aliento ni color,  
Que es guerra entre todas fiéras  
La guerra de la pasión;  
Y dice aquestas palabras  
Que brotan con el hervór  
De su pecho fuego todo;  
¿Qué es aquesto? ¡Vive Dios!  
¿Menosprécios son ó celos,  
O perdióse la razón?  
¿Qué es ésto que yá no encuentro  
Ni restos de mi valór  
Y quiéro salirme fuera  
De mí mismo en vano yó?  
¿Por qué del mar de la vida  
Al bajél doble timon  
Bramando viento furioso  
Sobre piélagos feróz  
Pues la cabeza uno quiere  
Y ótro quiere el corazón

Y nó háy quien límite ponga  
Al combate de los dós?  
¿Por qué el placer siémpre en frente  
Del deber en lucha atróz?  
¿Por qué dos hombres en úno,  
Cerberero de maldición?

Rey Don Sancho de Navarra,  
¿Quién, pardiéz, os coronó  
Que no os dió sobre vós mismo  
Ún cétro de mas valor?

¿Y por qué tierra no crías  
Séres de otra condición  
Si han de ser de todos reyes  
Y de sí, que es lo peór?

Pedazos se me hace el álma  
Y el cuerpo se me hace dós,  
Úno rey y ótro vasallo,  
Úno moro, ótro español.

Monarca fué destronado  
El hombre deque cayó,  
Y el cétro que la han dejado  
Es del reino del dolor.

De recuerdos sólo vive,  
Pretérito de ilusión,  
Presente de horrible lúcha,  
Futuro que dá pavor.....

Mas, pardiéz, voy repitiendo  
Ló que me dictas, pasión,  
Y quien sólo de ti fia  
No tiene perdón de Díos.

¿Afuera! mísero engaño  
Que buscas conversación,  
Que si á tantos has vencido  
Al Rey Don Sancho éso nó.

Si deberes dióme el cielo  
Esfuérzo me dió mayór,  
Y voluntad siémpre libre  
Y, ánte todo, protección.

Y él que cae es porque quiere,  
Y el vencido es un traidor  
Que se pása al enemigo  
Con las armas y el pendón.

Y si batalla no hubiéra  
Tampoco triunfára yó,  
Que la corona es el prêmio  
Del que vence con valor.

¿Afuera! nécias discúlpas  
De nuestra afeminación,  
Que si el hombre el Rey caído  
Satanás mas se cayó,

Y, el mundo nó fué criádo  
Víctima del vil errór,  
Ni el mal es mas poderoso  
Que la justicia de Díos;

Y veremos quién mas fuérte  
Llega á ser de ambos á dós,  
Si la pasión que me abraza  
O de mí deber la voz.

## XI.

### Mal camino.

La noche es clara y serena,  
Ya son cerca de las dos,  
Y van por el almenado  
Gíafar y el Rey con pavor;  
Que temen que se oiga el ruido  
Y de sus pasos el son,  
Y es un alano el alárabe  
Y su sueño el del azar.

Por aquí — Gíafar exclama,  
Y el Rey le dice — Allá voy  
Que trabóse el acicate  
En las ramas de alházor.  
Mala senda, vive el cielo,  
Es un tróncó, y nó se yó  
Como llégue por él sólo  
A las rejas del balcón.  
Mal camino es el que gasta  
En sus antojos amor,

Porque vá descaminado  
El ciégo con su pasión.

En ésto Gíafar la seña  
Dá que siémpre acostumbró,  
Y en el algiarín se oye  
Un quejido más que voz,  
Y un peso que seco cae  
Sobre el suelo, y el rumor  
De los hierros que se rozan  
Al abrirse aquel balcón.

Cubríos — Gíafar exclama,  
Y ós ampare el albornóz,  
Que el asunto vá de pérlas.

— Al salir lo diré yó,  
Dijo el Rey; que hasta el remate  
Háy que ver mucho y atróz,  
Y en éso de bien cubrirse  
Mas os hace falta á vós.

Y entró el Rey al aposento,  
Y el ótro afuera quedó,  
La mano al puñal buído  
Debajo de un cenadór.

La mora como un cadáver,  
El Rey sin respiración,  
Miráronse un rato entrambos  
Y en él ni úno ni ótro habló,  
Que tiene elocuencia muda  
El sentimiento mayór.

El Rey separa los ojos  
Después que bien lo pensó,  
Y los fijó sobre el mármol,  
Que fué grande precaución,  
Pues tiene Alcorci en la vista  
Hechizo farcinadór.

Don Sancho, vacío el pecho,  
Pues ha dado el corazón,  
Siénte que tiémbla y vacila  
En crueles ánsias de amor.

La mora gritar intenta,  
Y dice el Rey con tesón:  
— A despedirme he venido  
Y á nada mas, vive Díos,  
Y tenéos en prudencia,  
Y nó lo pongáis peór,  
Que si grito yó el primero  
Nó saldré perdiendo yó.

Alcorci temblando cae  
Al lado del ataífor,  
Y el Rey en los alfeizares  
Del que há juzgado balcón,  
Y dice en tono muy bajo  
Porque nó tiene mas voz:  
— Dentro de bréves instantes  
A España, Alcorci, me voy,  
Ni tenráis que jamás vuelva,  
Que el Africa me mató,  
Y el hombre la muerte huye  
Por instinto y por razón.

— ¿Y Gíafar?  
— .....; Eso restaba  
Que me preguntárais vós!  
Pero habré de responderos,  
Pues que sóis para mí el sól  
Que seca lo que ha enjendrado  
Y máta lo que crió.

;Gíafar para vós.....  
— .....; No existe!  
¿Si lo presumía yó!  
Y en cuanto que aquí vinisteis  
Os conocí la intencion.

— Una vez yá en ése caso,  
Alcorci, quedád adiós,  
— Alá os guarde, Rey benigno  
Del territorio español,  
Y un abismo se levante  
Insondable entre los dós.  
— Es verdad, mas, pues en Africa  
Se me quéda el corazón,  
Que jamás os trate el hado

De una manera peór  
Que el Rey de España Don Sáncho  
En vuestra tierra os trató.

Adios quedád, que me faltan  
El esfuerzo y el valor  
Pues á Gíafár amáis.....

—..... Tanto,  
Que no háy lenguage, señor,  
Que puede decir un átomo  
Del fuego de mi pasión.

—Hablád, Alcorcí, mas bajo,  
Que pueden sentir la voz.  
¿Y el os amaba?

—..... Imposible;  
Pues si se uniera el amor,  
No fuera este mundo mundo  
Sino edén de bendición.

—Está bien; que no es mentira  
Lo que decís; mas, si atroz  
Es vuestra pasión ya huérfana,  
Y acerbo vuestro dolor,  
Podréis ir pensando ahora  
Lo que pèno y sufro yó,  
Que véo lo que no alcánzo,  
Padezco sin curación,  
Y un abismo tengo en médio  
De mi vida y de mi amor.

¡Ah! si oís en noche plácida

Al morir el arreból  
De la embalsamada tarde  
Un suspiro en derredór,  
Como aliento de las áuras,  
Como aroma de la flór,  
O de tórtola quejido  
Perdido por la extensión  
Del yá solitario cámpo  
Sin luz, gentes ni color;  
O un latido misterioso

Que en la noche os despertó  
Cuando soñábais amores  
De la mas suave ilusión,  
No preguntéis nunca, hermosa,  
Cual era la causa, nó,  
Que ese tierno sentimiento,  
Ese éco del dolor,  
Esa voz que hasta vós lléga  
Es de un Rey que suspiró,  
Y que ama sin esperanza!.....

—Amar és, tenéis razón,  
Y siénto ya más que nunca  
Penetrante vuestra voz,  
Que en África no háy amores  
De tan amable candór.

—Titubéa el Rey entónces

Y le late el corazón  
Al oír palabras tales  
Tan osado y tan velóz,  
Que los piés no le sustentan,  
Y tiémbla como un traidór,  
Y tiene tantas idéas  
En tan loca agitación,  
Que, á no sér porque oportuno  
En un espejo se vió,  
Corriera grave peligro  
La real resolución.

Pero cerrando ambas manos,  
Frunciendo un gésto feróz,  
Viéndo en sí tanta tormenta  
Y tanta perturbación,  
Y un rayo de luz que alumbra  
Su pensamiento mejor,  
Dice entre sí con denuedo  
En su navarro español:  
«¡Rey Don Sáncho, Rey Don Sáncho,  
Os trocásteis, ó soís vós!»  
Y ántes que se respondiese,  
Alzó la faz y miró,  
Halló á Alcorcí desmayada,  
Y diciendo présto—Adiós,

Torció el páso, hizo camino  
Y salió por el balcón.

—¿Quién va allá—Gíafár le dijo.

—Fránco páso, que soy yó,  
Repuso el Rey, y partiéron  
Dó hacían falta los dós.

Entónces en ótro espejo  
Aben-Jucéf observó,  
Que entre dos estrellas juntas  
Venus, perdido el colór,  
Rápida desaparecía  
Del espácio en la extensión.

## XII.

### El Rey de vuelta.

—La razon de todo os pido:

—Forzosamente há de sér,  
Señor, pues con tanta instancia  
Lo exigís y lo queréis:

—Amores, sin duda, fuéron.

—Ni fueron ni són á fé;

Cáusa más formal ha sido

La de este mi procedér.

—En diálogo tal entrambos

Gíafár y Don Sáncho el Rey  
Caminando van á España  
Por los alcóres de Féz.

Atrás se dejan enconos,  
Dúdas y ansias que temér,  
Y el corazón hecho trizas  
De Jacob Aben-Jucéf.

Fria fué la despedida,  
Los resultados no sé;  
Mas, nublado queda el ciélo  
Y todo el terreno aquél,  
Abierto en grietas profundas  
De la cólera y la séd

Que en Alárcos y en Las Návas  
Puso en claro el tiempo bién.

Treinta moros de á caballo,

Que dicen moros de Réy,  
Escoltan ál de Navarra,  
Y en tódos ellos se vé

Que entre ellos y beduínos

Háy bien poco que escogér;

Y por éso el Rey Don Sáncho

Prevenido vá y vá bién,

Que quién fia en gentes tales

Fiador mengüado és.

—Con qué fuisteis?

—..... No obligado

Sinó atento á mi debér,

Al Egipto en cuanto supe

Que marchábais vós también.

El país, sabéis conozco,

Porque cruéles años diéz

En cadenas fui de moros,

Y el desierto todo sé

Mejor que los moros mismos;

Pues, huyendo mi arraéz

Del mundo enteró me fuéra

Por no hallar como volvér.

Engañado han á Don Sancho,

En Navarra dije; y és

Que Don Sancho no conoce

Lo que es la gente de Féz.

Y entónces tomé el partido

De ir tras vós, y rodeé

Porque no me conociéran

La intencion ni el procedér.

—¿Y de Egipto?

—..... A morería

Partí sin saber con quién,

E hiceme peregrino

De la Méca, así llegué

A Marruécos, donde supe

De vós, Señor, lo que sé.

Al punto me dí al objeto

De mi viage, tan bién,  
Que más de lo que queria,  
Y aún presumía logré.  
A Alcorcí dige las cuitas  
De mi amor, y vos sabéis  
Que tanto las escucharon,  
Que mas ya no puede sér.  
—¿Tu intencion?  
—.....Salvar la honra  
De mi pátria y de mi Rey,  
Hablaros sólo un instante  
Y luego de hablar volver.  
—¿Y si nada alcanzas?  
—.....Hago  
Ló que despácio pensé;  
Que yó no vuelvo es seguro,  
Mas tampoco vos volvéis.  
—¡El traidor!  
—.....Dád algun tiempo  
Y tenéos hasta vér  
La cosas de nuestra España;  
Despues de llegar hacéd  
Lo que os plázca, pues importa  
Bien poco que me matéis  
En cuanto yó en sálvo os véa,  
Que es mi único interés;  
Pero soy hermano vuestro  
Y os conservo tanta ley,  
Que no mancha vuestra sangre  
Ningun salvage de Féz  
Mientras que por mis artérias  
Caliente corriendo esté.  
Después que la saquen fuéra  
Diferente cosa és,  
Pues compromisos no tiene  
De cumplir con su debér.  
—Soís Ramiro, buen hermano,  
—Don Sancho, vos sois gran Réy,  
A quien llamarán el fuerte  
Por sérlo á mas no podér,  
Pues sin mí la honra sacásteis  
Ilesa, lo sé muy bién.  
En mí nada se perdiéra  
Y mucho en vos, porque á fé  
Si yó os máto, ó si me mátan  
Digeran, por nó saber  
La causa de tal suceso,  
«Un infame moro fué»,  
Y por moro me quedará,  
Aunque cristiano de léy.  
—¡A duro trance llegásteis!  
—Por fuerza llegará á él,  
Segun la intencion tenia  
Y obraba sin timidéz;  
Mas, vamos, señor, andando  
Que aquel monte que se vé  
Ya es de España, por ventura.  
—¡Bien llegado sea á fé,  
Y mal háya quien se fia  
De palabras del infiel.

—  
Allí encuentra el Rey Don Sancho  
A los navarros, y vé  
Cuan á tiempo dá la vuéltá  
A su pátria, y ellos vén  
Con español entusiasmo  
La feliz vuéltá del Réy.  
En regocijos Navarra  
Se paso todo aquel més,  
Y terminados que fuéron,  
A un Cast llo Sáncho fué,  
Dó encerrado se mantuvo  
Toda la vida, á no sér  
Cuando le llamó la guerra  
O hubo tan gran por qué  
Cuál las Navas, donde supo  
Hallar su blasón, que és  
Eterna gloria y renombre  
Del navarro y tímbré y prez.

SECCION 3.<sup>a</sup>

## COSTUMBRES, FILOSOFÍA, CRÍTICA.

## ORÍGENES DE LA HISTORIA ESPAÑOLA.

Apenas se pobló nuestra Península con las gentes venidas del Asia, aparecen en élla los *geriones* causando mil males y trastornos. Gerión en caldeo vale tanto como extrangero; y en la mitología figura como Rey de la Eritria, provincia primitiva y meridional de la España, fundada sin duda, por los Eritreos ú Omanitas del Asia, que són los habitantes de las costas del Océano desde el Mar Rojo hasta la India.

Los resultados de la invasion de los geriones fueron fatales: las alegorías históricas de la antigüedad les describen diciendo, que el Rey Gerión mantenía sus caballos y sus *bueyes* con carne humana. De este modo pintaban la barbarie de tan cruel império.

Y así vivió la nueva Iberia hasta que Hércules líbico, ó, lo que es igual, la civilizacion africana, llegó á nuestra pátria, por todos tan envidiada. No es necesario advertir que esta civilizacion es lá del Egipto.

Los que estrañan la venida de los moros, árabes y túrcos á España en el siglo octavo de nuestra era se manifiestan bien poco conocedores de la historia de nuestro país

Continua la tradicion diciendo. Osiris en estos dias, el inmortal monarca del Egipto, habia paseado yá toda la tierra; y en efecto, es la verdad que la civilizacion egipcia se extendió por todo el mundo. Las expediciones de Osiris comenzaron por la Etiopia, continuaron por el Asia y terminaron en la Europa. En España aprendieron con este motivo, los habitantes de tan rico suelo el cultivo de la vid, el orden de las sementeras, y el úso del pan; con lo que Osiris fué reverenciado como un Dios.

Osiris, pues, en una sola batalla, dáda en el Estrecho de Gibraltar, acabó con Gerión y todas sus tropas. (Mató la barbarie).

Admirable fué el comportamiento del Emperador egipcio despues de tan señalada victoria; pues que dueño yá de Gerión y de sus hijos, no solo no les quitó la vida, como lo hacian entónces los bárbaros conquistadores, sino que les llenó de beneficios. No puede darse una manifestacion mas clara del carácter de la cultura egipcia.

Los geriones que quedaron con vida en el interior de la España, sin embargo, fueron ingratos y cruéles. Levantaron la voz, que era necesario vengar la muerte de su Rey, y hacerle honras fúnebres con la sangre de sus enemigos. Determinaron, pues, quitar la vida á Osiris (el Egipto), valiéndose de Tiphon, su hermano (los salvages de la Libia); y se llevó á cabo este plán con horrible secreto. Isis, la Reyna viuda, sepultó el cadaver de su esposo en Abato; isla no lejana de Ménfis, que luego llamaron los griégos *Stigia*; ésto és, *tristeza*.

Aquí están yá el origen de la magnífica mitología de Virgilio; y la barbarie africana haciendo la guerra á sangre y fuego á la cultura del Egipto.

Pero supo todos estos acontecimientos espantosos Hóro, hijo de Osiris, que á la sazón gobernaba el norte de la Europa y aun del Asia, con el nombre de Rey, y determinó remediar los males tantos que afligian á su pátria.

Hóro era á la sazón la admiracion de todo el órbe, y se le conocia mucho mas con el nombre de Hércules líbico. Las gentes que lé veían ejercer tan admirablemente la medicina lé veneraban con el nombre de Apolo; los que presenciaban las grandes victorias de sus armas lé llamaban Marte: los que conocian su poder y valor para domar fiéras y monstruos, armado con una ferrada maza y vestido con la piel de un león africano, le llamaban el Génio de la fuerza. Es muy fácil ver en este Hércules el incontrastable poder de la ciencia del Egipto que así dominaba el sur como el norte del mundo antiguo.

Con que Hóro vino á España y se dejó ver la primera vez delante de Cádiz. La mala conciencia (dice el mitólogo), la maldad acobardaban, espantaban, aturdían á los geriones. Hércules, conociendo cuan terrible es que padezcan los hombres buenos por los malos, propuso que todos los guerreros de la una y de la otra parte permaneciesen tranquilos, y peleasen sólo los asesinos de Osiris. Tres bárbaros que aceptaron la lucha de esta manera fueron hechos pedazos por Hércules y enterrados en la Isla de Eritria (Cádiz).

En un punto Hércules echó mano á las rocas del Estrecho gaditano, y colocó en él dos blóques enormes en memoria eternas de tales hazañas; las Columnas tan celebradas del plús últra; y dió la vuelta á su patria dejando por gobernador de España á Hispalis; mas claro, al poder de la sabiduría de los griegos.

Al ver un mitho, una tradicion tan hermosa como ésta; asunto el más magnífico para una epopeya española, no podemos menos de deplorar que los historiadores de nuestra patria háyan despreciado de tal modo tan preciosos datos, que ni siquiera se han tomado el trabajo de pensar en ellos sólo un instante. Pero, nos parece necesario advertir aquí, que no debe en adelante hablarse de los primeros tiempo de la España sin colocar en ellos la invasion hebréa y luego la egipcia.

Muchas ciencias; la agricultura, por ejemplo, lo están aunque nocturnamente manifestando. No son, no, de los árabes sólo los elementos de nuestra agricultura, mejor son de Sesostris que de Mahoma. Y cuando los fenicios viniéron á nuestro país encontraron en él una civilización que supo admirar y comprar los preciosos productos del Oriente. Y es verdaderamente incomprensible como se está enseñando todavía que los cartagineses vinieron á España por medio del engaño y de la traición, cuando no hicieron otra cosa sinó ofrecer las ricas maderas del Libano, la púrpura de Tiro, la ederia de la India y la invención del cristal.

Hércules es la personificación del poder de la sabiduría egipcia, que llegó á nuestra patria venciendo el obstáculo que ofrecía la ignorancia de los rústicos habitantes de la Ibéria. Las colonias hebréas, egipcias, griegas y romanas son toda la historia antigua; y el Egipto por su posición geográfica, por sus perpetuas relaciones con el Oriente, por su carácter, el primer punto de partida despues del Paraiso.

Emprendiendo la ruta de este modo la mitología, acompañada del sagrado Génesis, vá enseñando y mostrando con la mas galante llaneza la historia de nuestra raza, escrita en bellísimas fábulas aparentes, tesoro inmenso de sabiduría para el buen crítico que quiere y sabe aprovecharse de ellas.

SECCION 4.<sup>a</sup>

## VARIEDADES.

Solucion de la charada del número anterior.

Qui—jo—te.

## CHARADA.

1.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>

Es lo que hágo cuando me preguntan acerca de la mayor parte de las cosas que pasan. Lo peor de los piés: el mayor defecto que puede tener el corazon.

5.<sup>a</sup> y 1.<sup>a</sup>

Una cosa que parece plata y no es plata; oro y no es oro; mucho y no es nada. Una hembra sin pizca de formalidad.

3.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>

Cosa que debe llevar buena siempre el hombre: cosa que hace el ojo y no vé.

4.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>

Lo primero y lo último que hace el hombre: lo que no debe hacer el ojo sinó muy á tiempo; y nunca á deshora.

1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>

La cosa que más cuésta: lo que más y mejor sabe volver el hombre.

3.<sup>a</sup>, 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>

Lo que más me cuésta educar en el mundo, porque soy muy fránc.

EL TODO.

Lo que mejor sabe armar la sociedad: un instrumento de música:

## Respuéstas á preguntas de este periódico.

Un calendario natural es el que tienen los pueblos salvages. (Véase nuestro folio 16). La inclinacion de los árboles señala el

mediodía: la corteza négra y llena de musgo el aire llovedor dominante. El poner del sol manifiesta el día siguiente: el correr de los pájaros por los tróncos la lluvia; la tormenta indican el color del agua, el grito del cainán, el descenso de las aves, la salida de los reptiles. El estado de la vejetacion de las plantas mas vulgares, la estacion: la sombra mas larga de un palo el día mas corto y vice-versa. Las diversas especies de las plantas, los países. Los pescados que viven fuera del mar dicen la maréa, y, por lo tanto, el estado de la luna: las estrellas y planetas el día y la hora. El canto de las aves es una especie de relój. La mayor ó menor duracion del húmo y del vapor, el estado seco ó húmedo del aire; el cabello la humedad.

Todo hombre debe ser observador de su país, y conocer la causa de los fenómenos que en él ocurren.

¿Cuál es la filosofía de la palabra limite?

— La más grande, la mas profunda que existe en el mundo. Toda la ciencia, toda la sabiduría consiste en esto; «Saber el limite de las cosas». No háy más que un error en el mundo: «La extralimitacion». Consecuencia de esto es este axioma venerable: «Toda doctrina ilimitada es falsa: ilimitado no hay nada sinó el poder del Criador: la Divinidad».

Así; siémpre que os propongan una doctrina sin limite, desechádlá, porque evidentemente es mentira. La sabiduría es la prudencia. Ahora bien. ¿Cuáles son los límites de la filosofía? Los que dió el Cielo. La filosofía comienza en el decálogo y acaba en la caridad.

¿En qué consiste que han sido condenadas muchísimas de las teorías modernas? En que se han enunciado sin limite alguno. Y aquí tenéis explicado éste acontecimiento, que está devanando las cabezas de muchos hombres pensadores: éste es el secreto de tantas cosas como se ven y no se comprenden á la primera vista. El racionalismo filosófico absoluto, desentendiéndose del saludable axioma que acabamos de escribir, se ha quitado la vida: la escuela que pide amplia y completa expansion se engaña á sí misma, y no podrá realizar jamás sus teorías, porque lucha contra la naturaleza. Los que impiden el natural y absolutamente necesario desarrollo de la inteligencia dentro de sus justos límites que dan inmenso, incalculable espacio al génio y al talento, son los mayores ignorantes del universo.

¿Cuál es la definicion de la verdad?

— El Supremo Hacedor crió y rige al órbe; pero con arreglo á leyes justas. El mundo físico tiene leyes; y él intelectual y él moral. Conocer esas leyes es dár con la verdad: observarlas es sér bueno. Esto requiere incalculable estudio: los abogados de la ignorancia són los hombres mas contrários de la verdad.

Preguntas á que quiera responder.

- ¿Cómo levantaremos de su decaimiento á nuestra industria?
- ¿Qué mal encierra nuestro sistema de ferro-carriles?
- ¿Por qué el actual papel de la Prusia es el congreso de las naciones?
- ¿Cuál es el actual estado de la navegacion aereostática?
- ¿Cuál es el mejor sistema de educacion?
- ¿Cuál es el mayor mal que padece la España en lo que hace á sus intereses materiales?

Cénro de suscripciones en Madrid: la casa del Sr. D. Leocadio Lopez, calle del Cármen, núm. 29.

Los Señores del comercio de libros y particulares que deséen números de este periódico dirigrán sus pedidos á la Redaccion, Avellanos,—3-2.<sup>o</sup>—Burgos, librando el importe.

Cénro de suscripciones en Burgos, la casa del Sr. D. Timotéo Arnaiz, plaza del Mercado, núm. 17.

REDACCION—BURGOS—Calle de los Avellanos, núm. 3-2.<sup>o</sup>

DIRECTOR Y EDITOR D. José Martínez Rives.

BURGOS: IMPRENTA DE D. T. ARNAIZ, Plaza del Mercado, n.º 17.